

claro es que ha habido diferencias notables en los resultados, que los países con más éxito han sido los asiáticos y que en la mayoría de éstos el gobierno ha desempeñado un papel muy activo. Si nos fijamos atentamente en los efectos de políticas concretas, se refuerzan estas conclusiones: existe una congruencia notable entre lo que la teoría económica dice que el Estado debería hacer y lo que en la práctica hacen los gobiernos del Este asiático. Por la misma razón, también se han corroborado las teorías económicas que se basan en la información imperfecta y los mercados financieros que predecían que la circulación libre de capital a corto plazo —un rasgo clave de las políticas fundamentalistas de mercado— no daría lugar a crecimiento sino a inestabilidad.

Hace 25 años era comprensible que pudiera darse un debate sobre lo relevante que es el mercado y las políticas del Consenso de Washington. No se desarrollaron políticas para aplicarlo. (Naturalmente, las objeciones teóricas y las experiencias históricas invitaban a ser cautos). En la actualidad, cuando contemplamos los éxitos y fracasos, resulta difícil comprender que el debate prosiga, aparte del papel de la ideología y los intereses a los que sirven las políticas del Consenso de Washington. (Aunque la economía no crezca, hay a quien puede irle bien con estas políticas).

La misión de los países menos desarrollados en la actualidad es en cierta forma más fácil que aquella a la que se enfrentaron Europa y Estados Unidos cuando se industrializaron en el siglo XIX: sencillamente tienen que ponerse al día, más que avanzar en territorio desconocido. Sin embargo, la misión ha demostrado ser inalcanzable en casi todos los países de fuera de Asia —el ejemplo de mayor éxito de desarrollo económico que nunca se ha visto en el mundo—. Su éxito ha sido tan espectacular —y durante tanto tiempo— que es fácil considerarlo normal. Pero el crecimiento de Asia habría sorprendido a muchos expertos de las décadas de 1950 y 1960, como el economista Gunnar Myrdal, galardonado con el Premio Nobel, que afirmaba que las expectativas de Asia eran realmente poco prometedoras⁴. El saber convencional de entonces consideraba que países como Corea debían dedicarse a lo que se les daba mejor: cultivar arroz. El milagro del Este asiático muestra que es posible un desarrollo rápido —y un crecimiento con equidad del que se beneficien

tanto los ricos como los pobres—, aunque no se den unas condiciones concretas previas. Los fracasos en otros lugares muestran que el desarrollo no es algo automático.

Llama la atención la diferencia de resultados entre distintas regiones. Mientras que el Este asiático presentó un crecimiento medio del 5,9 por ciento a lo largo de los últimos treinta años (6,5 por ciento durante los últimos quince años), Latinoamérica y África han estado inmersas en una carrera por la tasa de crecimiento global más baja, con un nivel de renta per cápita en el caso del África subsahariana que desciende una media del 0,2 por ciento anual desde los últimos treinta años⁵. Pero Rusia supera ambos casos, pues ha visto cómo su renta ha disminuido desde que se iniciara su transición del comunismo a la economía de mercado en un 15 por ciento; la renta per cápita disminuyó en realidad un 40 por ciento en la primera década, pero la economía rusa ha comenzado por fin a crecer de nuevo en los últimos cinco años.

El Este asiático

La globalización —en forma de crecimiento basado en la exportación— contribuyó a sacar a los países del Este asiático de la pobreza. La globalización lo hizo posible, dando acceso a los mercados internacionales así como a la tecnología que posibilitó unos aumentos inmensos de la productividad. Pero estos países gestionaron la globalización: fue su capacidad para sacar partido de la misma, sin que ésta se aprovechara de ellos, lo que explica su éxito.

Estos países consiguieron a la vez crecimiento y estabilidad: algunos no habían tenido ni un solo año de crecimiento negativo durante casi un cuarto de siglo, otros tuvieron algún año malo; en este sentido, sus resultados fueron mejores que los de cualquier país desarrollado. Incluso durante la crisis de 1997-1998, China y Vietnam continuaron creciendo. China aplicó macropolíticas expansionistas estándares (no las recomendadas por el FMI en otros lugares del Este asiático) y vio cómo su crecimiento descendía a un respetable 7 por ciento antes de remontar a niveles más elevados del 8 por ciento y el 9 por ciento. (Hay quien piensa que estas cifras infravaloran el verdadero crecimiento). Si considerásemos a las provincias chinas como países distintos —con poblaciones que a

